

ALBEROLA ROMÁ, Armando; LARRIBA, Elisabel (eds.), *Las élites y la “revolución de España” (1808-1814). Estudios en homenaje al profesor Gérard Dufour*, Alicante, Universidad de Alicante, Université de Provence, Casa de Velázquez, 2010, 389 pp.

Soledad Gómez Navarro

Universidad de Córdoba

hi1gonas@uco.es

En esa inveterada costumbre de celebrar los aniversarios que a todos los científicos tanto gusta –desde luego a los de lo social, pero también a los de “lo natural”- y en el marco, por tanto, de las varias y distintas iniciativas que últimamente se están llevando a cabo para conmemorar el fundamental sexenio con el que España inicia el régimen liberal y su historia parlamentaria y constitucional, puede el lector hallar en las librerías desde hace unos meses la utilísima obra que aquí glosamos, resultado del homenaje brindado al gran hispanista francés cuyo nombre la intitula y después de una reunión científica *ad hoc* y a la conveniente decisión de seleccionar las contribuciones que se lo tributarían en relación a las básicas líneas de investigación que el homenajeado transitó; debida a la loable –sobre todo por infrecuente- aunque deseable colaboración institucional de la Universidad de Provenza, el centro de investigación Telemme, la Casa de Velázquez –organismos todos ellos claramente vinculados al profesor Dufour- y la Universidad de Alicante por motivos especialmente profesionales pero también personales con aquél; y relativa al crucial, indiscutido y siempre tan presente tema de las élites, en este caso, en relación a su papel en aquellos seis años con que se inauguran el tránsito hispánico del Antiguo al Nuevo Régimen.

Como todos sabemos, empleada desde hace mucho tiempo por los sociólogos, la noción de “élites” como conjunto de los grupos sociales que dominan la sociedad por su influencia, prestigio, riqueza y poder económico, político y cultural, se ha convertido desde hace unas pocas décadas en recurrente objeto de la investigación histórica. La historiografía recurrió primero a nociones más estrictas tales como nobleza, burguesía o *intelligentsia*, asaz consideradas como antagonistas, y que favorecían una dialéctica de la historia, a saber: Una clase privilegiada en posición dominante, depositaria de valores heredados del pasado, enfrentada a una clase ascendente, detentadora de valores nuevos,

que la eliminaba y ocupaba su lugar. Sin embargo, la introducción de la noción de “élites”, más compleja que las categorías definidas por criterios jurídicos como la nobleza o económicos como la burguesía, ha permitido renovar la reflexión histórica.

Ciertamente, las élites han tenido siempre su lugar en la historia bajo la forma tradicional de los grandes destinos individuales, de hecho, los propios grupos dirigentes generalmente eran comprendidos por sus líderes. El estudio de las élites, y no sólo de los “grandes hombres”, nació de los interrogantes planteados desde hace aproximadamente medio siglo por una historia que renovaba su métodos y ampliaba su campo de investigación. Mientras que la sociología planeaba nuevos temas sobre la formación, la estructura, la circulación y el papel de las élites, la historia, volviéndose hacia los humildes, las clases rurales y proletarias, descubría la existencia de las élites en las relaciones entre dominantes y dominados. Cuanto más avanzaba por el camino de una historia “total”, más le urgía realizar una necesaria reflexión sobre las élites para conocer mejor las condiciones reales de la dependencia popular y para describir los instrumentos de la dominación, para explicar los fenómenos revolucionarios y las mutaciones que permitieron pasar de las sociedades de *órdenes* a las sociedades de *notables* del Ochocientos y, por último, a la democracia.

Tal como es definida en la actualidad en las sociedades occidentales, la élite se formó por ampliación progresiva de un núcleo originario, de manera que a la nobleza fundada en la herencia la sustituyó primero la élite de los “propietarios”, para luego la democracia extender su reclutamiento a la cultura y a las competencias, esquema sumario –la nobleza no excluye el mérito, la democracia no concede la misma estima a todas las formas del saber-, pero que corresponde a una evolución global.

En ese proceso y sobre todo a partir de los acontecimientos abiertos tras 1789 fue la propiedad de la tierra el signo para reconocer a la élite, y lo que le permitió monopolizar el poder, la influencia y el prestigio social. La propiedad se convirtió en el principio en que se fundó la definición de la nueva clase superior y el que permitió levantar una barrera entre ella y las demás. Ya no se trataba de distinguir entre los ricos, pues nobles o plebeyos, siendo grandes propietarios, tuvieron el mismo derecho a la consideración y a la autoridad. La élite, pues, se definió primero por exclusión. En un primer momento rechazó a los que no eran “nacidos”; a continuación, reunió a todos los que disfrutaban de la misma fuente de provecho, de prestigio y de poder, la tierra. Al excluir las formas de riqueza puramente capitalistas, esa tendenciosa selección se justificaba por razones

económicas, sociales y culturales, hasta el punto de que la posesión de suelo llegó a confundirse con el monopolio de las capacidades.

A fines del Setecientos, la élite, aunque ampliada, seguía siendo muy discriminatoria. Los valores transmitidos por la Revolución Francesa, con sus esperanzas de igualitarismo pequeño-burgués, enterradas por las monarquías censitarias, no tuvieron continuidad en la Europa occidental. Pero las élites rechazaban progresivamente las fronteras de su reclutamiento al integrar, como consecuencia de revoluciones políticas o tras las huellas de la evolución industrial y cultural, a los representantes de categorías sociales que desbordaban muy ampliamente la definición inicial. Por eso, después de 1830, a la propiedad se sumaron la formación mobiliaria, el capital industrial y, por último, el saber.

En este contexto teórico se inserta y a él se debe la obra que nos ocupa, constituida por los dieciocho estudios de que consta, pretendiendo rendir el ya citado merecido tributo al magisterio que durante décadas, y a uno y otro lado de los Pirineos, ejerció el profesor Dufour, cuya obra sin duda constituye una aportación fundamental al conocimiento de la transición de la Ilustración al Liberalismo en España y, singularmente, de la Guerra de la Independencia, por lo que, a día de hoy, sus muchos de sus estudios se han convertido en obras clásicas de imprescindible consulta, y centrada en reflexionar ampliamente acerca del intenso debate político que conoció aquel sexenio, y en el que individuos y colectivos cualificados manifestaron opiniones y adoptaron posiciones muy diversas antes, durante y con posterioridad a aquella contienda. Por eso los especialistas que la integran rebasan ampliamente aquellos estrictos seis años.

En efecto, para responder debidamente a la crucial cuestión de saber cuál fue el papel desempeñado en aquel momento por las élites *lato sensu*, no puede limitarse al tiempo exclusivo de la Guerra de la Independencia; por eso el debate, la reflexión y el consiguiente libro posterior quedaron articulados en torno a tres tiempos históricos, a saber: El de los precursores, el de los actores, el de los herederos. Teniendo en cuenta la dificultad añadida de glosar una obra compartida sin desequilibrarla, veamos, pues, aquéllos y quiénes le dan encarnadura, prácticamente el único análisis que un producto cultural de su naturaleza permite.

La primera sección o tiempo, el de los precursores, se centra en la España de las Luces con el propósito de determinar cómo representantes de las élites, sea cual fuera su

campo de acción –económico, social, político, cultural o espiritual-, al intentar modernizar el país, propiciaron, a veces sin desearlo, el cuestionamiento del Antiguo Régimen y abrieron el paso al proceso revolucionario. Por esto mismo quizás es la sección menos generosa en cuanto a participaciones textuales –cuatro concretamente- que analizan un cuerpo de élite de la administración militar, la cultura alimentaria, la cultura educativa, y la abolición de la esclavitud, en los trabajos de Alberola Romá, Clément, Fernández Sirvent y Benavides, respectivamente.

El segundo bloque, el de los protagonistas directos –y por ende el más extenso, nueve textos exactamente-, analiza los actores de la “revolución de España”, abarcando tanto a los liberales como a sus adversarios, serviles o afrancesados, y procurando determinar en qué medida y de qué manera reaccionaron las élites ante una revolución que no siempre habían anhelado y cómo, partiendo a menudo de motivaciones personales –a veces aun divergentes-, se configuraron las corrientes ideológicas que marcaron la vida política de la España contemporánea. Yendo de la filosofía ilustrada y “sabía” al papel de la nobleza, pasando por el del clero o los afrancesados, aquí se trata, pues, la posición de los “filósofos” durante la Guerra de la Independencia, los hombres de Fernando VII en 1808, familia, parentesco y patronazgo durante aquella contienda, Alberto Lista y el debate constitucional sobre las Cortes en la Sevilla de 1808, los avatares de la nobleza afrancesada y liberal, la figura y la obra del francés afrancesado Jean-Baptiste Esménard, los eclesiásticos afrancesados durante la Guerra de la Independencia, las posiciones de la élite eclesiástica en las personas de Joaquín Lorenzo Villanueva y Miguel Cortés ante la política, y la acción del inquisidor general Arce a la sombra del poder en tan decisivos años como los transcurridos en el estertor del Setecientos, contribuciones todas ellas debidas, respectivamente, a Jean-René Aymes, La Parra López, Jean-Philippe Luis, Jean-Baptiste Busaall, Antonio Risco, Elisabel Larriba, Barrio Gozalo, León Navarro, y Calvo Fernández.

El tercer bloque, por último, el de los herederos, está dedicada a los legitimarios de la “revolución de España”, por lo que intenta poner de relieve y analizar las causas de la persistencia, a lo largo del Ochocientos y de parte del Novecientos, de referencias a la Guerra de la Independencia tanto en el sector político, como artístico, cultural o literario. De ahí que se examine la figura de José Marchena y su historia literaria de España, la geografía del liberalismo español en cuanto a emigración política y exilio interior en la Década Ominosa, el clero murciano durante el Trienio Liberal, la continuación del debate sobre la utilidad de las órdenes religiosas durante las guerras

carlistas, y el mito nacional del dos de mayo y su instrumentalización en la prensa madrileña de la Segunda República. François Lopez, Juan Francisco Fuentes, Mas Galvañ, Aline Vauchelle y Rojo Hernández firman estas cinco últimas contribuciones, respectivamente.

En definitiva, estamos ante una obra de magnífica factura y no menos conveniencia, utilidad y aun necesidad para quien quiera adentrarse en el conocimiento del corto pero axial sexenio que analiza, generosamente rebasado por delante y por detrás, y a cuya bondad nada quita el que no lleve índices o una conclusión general, o que no se toquen otros temas distintos pero también relacionados con las élites en aquel periodo, como el inicio de la construcción de la laicidad, la vida cotidiana –incluyendo cultura material e inmaterial- del pueblo en tiempos de guerra, las élites locales, o el debate historiográfico sobre la revolución en España, pero lo que es comprensible, en la mayoría de los casos propuestos, por la propia concepción del libro que, desde este momento, dejo al juicio directo del lector.